Manrique (José María)

El divorcio

Caracas, 1885

EL DIVORCIO

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS

POR

DON JOSE MARIA MANRIQUE

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA Y SOCIO DE NÚMERO DE LA ACADEMIA VENEZOLANA.

CARACAS.

IMPRENTA SANZ.

1885.

Al Excmo Señor D. Aureliano Fernández-Guerra. &c &a
Homenaje del autor.

EL DIVORCIO

PERSONAS.

Doña Carmen.—matrona de 40 años.
María.—joven esposa de
Armando.—joven.
Julio.—Secretario ó Mayordomo de Carmen.

La escena pasa en una casa de campo.—Epoca actual.

1884.

ACTO I.

Galería con una puerta en el fondo, dos á la derecha y otra á la izquierda.

ESCENA I.

Cuando se levanta el telón una dama y un caballero, vueltas las espaldas al público, se dirigen hacia la puerta del fondo, por la cual desaparecen apresuradamente, en el momento en que se presenta por la derecha María, con una luz en la mano, que coloca en una mesa.—Luégo sigue hasta la puerta del fondo, la entreabre, mira hacia dentro, y después de un momento de estupor vuelve al proscenio revelando abatimiento.

MARIA. Ella!.... ella! Con que es posible!.... No hay duda: élla es.... Ah! Dios de mi alma! qué tenebroso abismo se abre á mis pies......! Una mano de hierro me oprime el corazón: sombras espesas envuelven mi espíritu (*Pausa*). Ella, la más pura, la más severa, la más santa de las mujeres, sería capaz....? No, mil veces no!.... Es más fácil que la evidencia mienta. Sí, mienten mis oídos, mienten mis ojos, la razóón miente también. (*Hace como si oyese*). Alguien se acerca.....me ocultaré tras esa cortina. Haz que me engañe, Señor, si sólo así puede calmarse la angustia de mi alma (*se oculta*).

ESCENA II.

Dicha y una dama que por la puerta del fondo entra con velo sobre el rostro, y sin detenerse desaparece por la derecha.

ESCENA III.

MARIA.

MA. (*Sale con semblante abatido*). Y ahora, podré dudar? Ah! bendita incertidumbre ¿ por qué me abandonaste? No deliro? no me atormenta terrible pesadilla?....Ella, el modelo acabado de todas las virtudes, es víctima de semejante flaqueza! Luego hay también manchas en la luz! (*pausa*). Sin duda, como yo, otro ha podido advertir....tal vez Armando mismo....Pero qué digo! miserable de mí, si él, si alguien sabe que un hombre ha estado varias noches en mis habitaciones, es la honra, es el honor mío el que está herido de muerte....y todo me condena, todo evidencia mi culpabilidad. (*Pausa*). Y aun cuando yo pudiera probar mi inocencia, no lo alcanzaría, sino merced al más negro y abominable de los crímenes......(*Pausa*). Sí, necesitaría acusarla, comprobar su falta, despedazar con mis manos un corazón que para mí ha sido manantial inagotable de beneficios, fuente de amor abnegado.... ¿Dónde encontraría palabras para condenar al ángel que me arrancó de las garras de la degradación, que me salvó del abismo de la orfandad y la miseria, para darme en cambio ternura de hermana, amor de madre, protección de ángel custodio.... No, imposible, no podría lograrlo ni impuesto por la voluntad. (*Pausa*). Pero, y Armando! y mis hijos! Ah! puedo aceptar la

muerte; la deshonra misma, pero ¿tengo el derecho de sacrificar á séres inocentes?.... Ni aun los terribles consuelos que la abnegación brinda, me concede la suerte. No hay duda: estoy perdida. La conducta que Armando observa, sus miradas severas, y su mal disimulada preocupación, y sus frecuentes reticencias me prueban que ha advertido las misteriosas visitas, y que sospecha, de la única de quien, en esta casa, puede sospecharse: de mí.... Qué haré? qué responderé á sus preguntas? (*Con angustia*). Ah! Cielos santos, dadme un rayo de luz, que guíe mis pasos, dadme algún alivio, pues me siento desfallecer.... Si la deshonra no manchase también á Armando y á mis hijos, nada, nada me arredraría.... Sí, es cierto, pero también lo es que al cometer el crimen del ingrato parricidio, atraería sobre la cabeza de esos ángeles los rayos de la cólera Divina. (*Pausa*). Y si quisiera sacrificarla, lograría mi objeto. ¿Cómo probaría que no era calumnia mi infame delación? (*Oculta el rostro entre las manos y luego*). Oh! Vírgen santa, tú, que al apurar la copa de todos los dolores, te hiciste madre de los infelices, ven en ayuda mía! *Solloza y después de un momento, al volverse contempla á Armando que poco antes habrá entrado sin hacer ruido y permanecido con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud sombría.*

ESCENA IV

DICHA Y ARMANDO.

MA. Ah! eres tú, amigo mío?

ARM. [*avanza lentamente*]. Por qué lo extrañais?

MA. [*turbada*]. No lo extraño, pero....

ARM. Por qué temblais?

MA. [*conmovida*]. Ciertamente tiemblo, la emoción....
ARM. Vuestro semblante está lívido......
MA. No niego mi profunda turbación.
ARM. Tampoco negareis cuál es la causa?
MA. Sin duda [*con voz desfallecida*].
ARM. No os la preguntaré; pues bien sé yo que el crimen es un tirano, que impone como tributo á sus ministros, la turbación, la intranquilidad, el miedo, los remordimientos, en fin.
MA. [*con abatimiento*]. Ah! si sólo el crimen impusiese tal tributo, nadie como yo, Armando, erguiría tranquila su frente.
ARM. [*con sarcástica sonrisa*]. Tampoco extraño esas palabras: nadie ignora que el crimen encallece la conciencia.
MA. Pero yo aseguro que mi conciencia está tranquila: jamás hubo en ella mancha.
ARM. Os juzgais inocente?
MA. Sí, inocente.
ARM. Luego, negais la evidencia?
MA. No, nada niego.
ARM. (*Con despecho*). Os burlais, pues?
MA. De ningún modo. Confieso que teneis motivos suficientes para condenarme; más aún, confieso que para vos debe de ser evidente mi culpabilidad, pues todo, todo está en contra mía, y sin embargo, protesto mi inocencia. Dios ha de permitir que un día ella triunfe.
ARM. Vos, inocente!
MA. Cuánto puede serlo una esposa honrada, una mujer virtuosa.
ARM. (*Contempla en silencio á María un instante*). Mucha confianza os inspiran, señora,

la fábula que habeis inventado y mi pasada tolerancia.

Ma. Os equivocais; nada he inventado, pues para probar mi inocencia, quiere el destino mío, que sólo pueda apelar á Dios. Sólo del cielo espero mi justificación.

Arm. Y como Dios no aboga por adúlteras, ni del cielo baja la mentira...

Ma. [*Con fuego*]. Armando!

Arm. Qué! no aceptais todo cargo?

Ma. Ninguno, ni el más leve.

Arm Pues ¿no dijísteis que nada negábais?

Ma. Y nada niego.

Arm. [*Con furor*]. Concluyamos: la hipocresía nada quita ni añade al crimen vuestro. Decidme: ¿confesais que hace algunos instantes estaba aquí, en vuestras habitaciones, un hombre?

Ma. [*Con voz apagada*]. Sí.

Arm. Que no es la primera vez que se introduce en este hogar antes honrado?

Ma. Sí... [*Con voz desfallecida*].

Arm. [*La ve con ira*]. Haceis bien en confesarlo. [*Da unos pasos y vuelve hacia María, con voz reconcentrada*]. Mirad. [*Le muestra un revolver*]. Veis esta arma? pues bien, ese ladrón de vuestra honra, pasó hace poco á algunas pulgadas de esta boca de fuego y no lo maté, cuando á ello me impulsaban el rencor y el derecho... La hoja de mi puñal también ha estado cerca del pecho culpable que encierra vuestro corazón de cieno, y no lo atravesé. ¿Sabeis por qué?

Ma. [*Con voz desfallecida*]. Porque el cielo me reservaba este espantoso tormento.

Arm. Porque ya, por fortuna, pasó el tiempo en que, costumbres bárbaras encadenaban para siempre á los que separa la sima profunda del desprecio, del odio ó del crimen: porque gracias á los triunfos de las nuevas ideas, el hombre engañado puede en cada ocasión, arrojar la esposa culpable al lodo ; y luégo, unirse á otra mujer que con mayor suma de virtudes y de gracias pueda realizar la dicha que no alcanzara antes... Por eso, lo oís? por eso perdoné á ese hombre, á quien por otra parte agradezco el beneficio de ver roto los lazos que me encadenaban á una criatura abominable... Hé aquí por qué mi mano no está manchada con sangre criminal... Ved ahí la razón de vuestra vida.

Ma. (*Con desaliento*]. Hicísteis bien, porque así os evitásteis terribles remordimientos, pero yo no agradezco la concesión de una vida que tan caro me cuesta y que ya me es odiosa.

Arm. Odiosa, decís, porque en este momento olvidais las caricias de vuestro amante, pero....

Ma. [*Le interrumpe con viveza*]. ¡ Callad ! Callad ! Podeis y quizás debeis matarme, teneis el derecho de insultarme, de colmarme de oprobios: todo lo sufriré en silencio, pero no me hableis de amante, ni de ... [*Solloza*]. pues os juro que ni con el pensamiento, me he hecho culpable de la más pequeña flaqueza.

Arm. Volvemos, señora, á las negaciones y protestas?

MA. No, pero oídme un instante y después obrad como os aconseje el rencor... Todo me condena, y aunque soy inocente, Dios lo sabe, yo no puedo, ni quiero, ni debo probar mi inocencia, y acepto vuestro castigo y mi infortunio sin confesar tampoco los crímenes ó faltas de que me acusais.

ARM. Ingenioso y original es el medio que habeis adoptado para disculpar vuestra miserable conducta.

MA. Teneis razón para juzgarme así, pero os lo repito, al protestar que soy inocente, no pretendo, credlo, convenceros, ni tampoco regatear á vuestra indignación algo de la venganza que prepara vuestro encono.

ARM. [*Con amargura*]. No os alarmeis: ya pasó el tiempo de los castigos terribles impuestos á las adúlteras: hoy se les reemplaza en el hogar sin crueldad ni aparato alguno.

MA. A vos os toca disponer de mi suerte.

ARM. Apelaremos al recurso legal, para romper el lazo que en mala hora nos uniera.

MA. Al divorcio?

ARM. Sí.

MA. [*Pausa y luégo*]. Haced lo que querais.

ARM. Así lo esperaba. Ahora bien, con el objeto de evitar los inútiles retardos de un largo juicio, es necesario que vos y yo solicitemos al mismo tiempo la separación.

MA. [*Después de leve pausa*]. Estoy dispuesta á obedeceros en todo, pero sólo deseo que me prometais ocultar el verdadero motivo del rompimiento.

ARM. No hay inconveniente, lo ofrezco.

MA. Gracias! [*Vase llorando*].

ESCENA V.

ARMANDO, solo.

ARM. Comience para la miserable á quien un día creí ángel, el proceso terrible de la lenta expiación. El despecho, la vergüenza, los remordimientos se apoderan del espíritu de la culpable, y un martirio, cuyos tormentos acrecen con el tiempo, principia ya la fatal labor... [*Pausa*]. Yo no sé por qué creo advertir en ella, algo que me habla de inocencia, y subyugado por esa idea vaga, á las veces me inspira lástima... Pero los hechos con su voz inexorable hacen imposible la duda... Es verdad, y sin embargo de su evidente traición no advierto en mí esas terribles tempestades que los celos engendran, y que como simple amante he sentido otras veces. Hoy, en vísperas de una ruptura, estoy tranquilo y casi pudiera decir que gozo de secreto placer. [*Pausa, da unos pasos distraído*]. Es que la idea de la libertad recuperada siempre conforta el espíritu. El divorcio es la mejor conquista de la civilización: él ha proscrito la exagerada idea del honor conyugal, que tantos crímenes originó: él ha hecho imposibles escenas tan ridículas como crueles de que era causa la indisolubilidad del matrimonio... [*Vuelve á pasearse y luégo se detiene preocupado*]. Y mis hijos?...

He aquí una idea que como nube negra surge en el cielo de mis pensamientos. [*Después de pausa*]. Bien, se irán conmigo.

ESCENA VI.

DICHO y JULIO

JUL. Siento mucho interrumpir meditaciones que á juzgar por las apariencias, deben de ser profundas.

ARM. [*Afectada serenidad*]. Y yo deploro que no hayas llegado antes, pues así me habría fastidiado menos.

JUL. Cuando te expresas de ese modo es sin duda porque has recuperado la perdida tranquilidad.

ARM. No sé qué decirte.

JUL. Lo cual me prueba, que te has convencido de su inocencia.

ARM. [*Con frialdad*]. Lo contrario; me convencí de que tenías razón.

JUL. Entonces, esa calma, esa tranquilidad.

ARM. Por qué la extrañas? No conoces acaso mis ideas? O es que me confundes con los falsos apóstoles que practican lo contrario de lo que enseñan?

JUL. Es, amigo mío, que yo nunca creí en la eficacia de la filosofía para los propios dolores.

ARM. Pero sí para los ajenos?

JUL. Así es, mas ya que me engañé, me apresuro á presentarte mis felicitaciones.

ARM. ¿Por mis teorías respetadas, ó por la confirmación de mis sospechas?

JUL. Por una y otra cosa, pues esta sin aquellas habría de ser verdadera calamidad.

ARM. Sin duda, pero hablemos formalmente.

JUL. Ya te escucho.

ARM. Después de mi desengaño, debo proceder en consecuencia.

JUL. Es decir, ¿apelas al divorcio ?

ARM. Con efecto, y cuento que tú practicarás las diligencias del caso.

JUL. Muy bien, pero será necesario alegar el adulterio y hacer las comprobaciones de ley.

ARM. No será difícil el despacho del asunto, pues esa mujer suscribirá la solicitud, cosa que allana todos los inconvenientes ó casi todos.

JUL. De veras, élla pedirá el divorcio también?

ARM. Ya lo has oído.

JUL. Qué motivo se alegará?

ARM. Cualquiera de los legales.

JUL. Ella aceptará?

ARM. Todo.

JUL. En ese caso se escogerá el motivo que más convenga.

ARM. Cabal.... Pero ¿ qué significa la extraña gravedad con que me hablas?

JUL. Es que me sorprende la calma, ó mejor dicho, la alegría que en tí advierto, en momentos semejantes. Tentado estoy de creer que una nueva pasión te domina.

ARM. Y por qué no? El templo del dios ciego no abre sus puertas sólo una vez.

JUL. De veras? Eso me hace pensar que el divorcio es una medida redentora; pero merced á la cual pueden comprarse muchas cadenas.

ARM. [*Sonriendo*]. Sin duda, y así se ve cuánto es su benéfico poderío.

JUL. Y los niños? Has pensado en ellos?

ARM. Se irán conmigo.

JUL. Cómo! Está convenido!

ARM. Bah! amigo mío! La mujer que se halla en la situación de María lo acepta todo.

JUL. En ese caso, trataré de cumplir cuanto antes mi encargo.

ARM. Cuento con ello: hasta después.—[*Vase*].

ESCENA VII

JULIO, SOLO.

JUL. Grande es, en verdad, la calma con que Armando trata semejante asunto.... Más habría de preocuparse al despedir un criado.... Y á fé que tiene razón; con un criado algo se pierde, mientras que divorciarse, equivale á recuperar el derecho de buscar una nueva esposa; y hay maridos para quienes *doña otra*, como ellos dicen, es la mejor. [*se sonríe.—Pausa*]. Lo cierto es que, no obstante haber aplaudido las ideas de Armando: sin embargo de haber sido yo quien le insinuó en la desconfianza que tan lejos le conduce; y á pesar de ser el único que gana en esta calamidad, pues ella ha de acercarme á mi adorada María, confieso que me inspira invencible repugnancia ese proceder graduado por el cálculo.... [*Pausa*]. Pero ¡vive Dios! que soy en extremo severo con los otros, cuando la conciencia me grita que hay alguien más criminal...... Es verdad, pero cuando la pasión impera, la voluntad es impotente. [*Hace como que oye*]. Siento pasos; debe ser ella, pues con frecuencia atraviesa esta galería; y aun no es muy tarde: Ah! debo arriesgarlo todo esta vez

pues las circunstancias me favorecen.... Es élla. Tiemblo al abusar de la hospitalidad que recibo en esta casa.

ESCENA VIII

Dicha y María.

Jul. [*Se adelanta*]. Al fin ha permitido el Cielo que pueda hablaros, María: hace media hora que os esperaba en este sitio.

Ma. (*Sorprendida*). A mí? Qué teneis que decirme? Habeis quizá olvidado quién soy, ni cómo he recibido siempre vuestras osadas insinuaciones?

Jul. No, señora, nada olvidé; pero al saber lo acontecido entre vos y ese hombre....

Ma. Ese hombre! así llamais á vuestro amigo íntimo?

Jul. Oid; al enterarme de vuestra desesperante situación, he querido venir á poner á vuestros pies cuanto soy y cuanto valgo.

Ma. Ya sabeis que nada acepto de vos.

Jul. ¿No podeis, pues, vencer la repugnancia que os inspiro? (*Esto con voz apasionada*].

Ma. Recordad que nada os autoriza para hablarme de ese modo; y si en vuestra demencia supusísteis que había de hacerme flaquear mi terrible infortunio, os habeis engañado miserablemente, pues ni eso, ni nada hará menor el desprecio que me inspiro un amigo desleal....

Jul. Señora!....

Ma. Ni que sea menos la humillación que me causa verme asediada por las deshonrosas persecuciones vuestras.

Jul. Basta, María, no colmeis el vaso de oprobios que siempre me brinda vuestra mano, en cambio de un afecto apasionado que domina mi albedrío.

MA. Pero del cual espero que no volvais nunca á hablarme.

JUL. [*La interrumpe*). Mañana, cuando comenceis á descender uno á uno los innumerables peldaños de la degradación, quizás echareis á menos mi generoso y leal apoyo.

MA. (*Permanece en silencio un instante mirando con altivez á Julio*). Acabemos; tiempo es ya de poner término á esta conversación.

JUL. Al contrario; aun no he expuesto el motivo que aquí me trajo.

MA. Teneis reservadas nuevas injurias? Aun quereis someterme á nuevas humillaciones?

JUL. Lejos de ser una ú otra cosa, vais á bendecirme, cuando os entereis de lo que vengo á comunicaros.

MA. Hablad, pues, pero que se termine cuanto antes tan enojosa escena.

JUL. (*aparte*). Esta mujer me turba con su maldita entereza (*Alto*). Vuestro esposo os acusa de...

MA. Callad, no continueis! Eso es lo que ibais á comunicarme?

JUL. Aguardad un instante y os convencereis . . .

MA. [*interrumpiéndole*). Me retiro [*Da unos pasos*].

JUL. [*Siguiéndola*]. Tengo en mis manos los medios de hacer evidente vuestra inocencia.

MA. -*Se detiene. Aparte*-. Qué dice ese hombre?

JUL. Puedo evitar el doloroso escándalo que amenaza vuestro hogar y que será vuestra ruina.

MA. -*Con firmeza*-. Y bien, por qué no lo haceis?

JUL. Eso depende de vos.

MA. De mí?

JUL Ciertamente: y sólo pido en cambio de tamaño bien, una palabra de vuestros labios, una pro-

mesa que venga á aliviar el tormento de mi corazón, una sonrisa que á manera de dulce rocío, temple la terrible hoguera que arde en mi pecho.

MA. Ya entiendo.

JUL. Sí, María, sólo os pido una mirada afectuosa para devolveros á ese mundo que os condena pura como la luz, inocente como los ángeles. [*Se acerca emocionado*].

MA. [*Con altivez*]. Oid : vuestras palabras cual si fueran serpientes ponzoñosas hieren mis oídos, aunque por fortuna para vos y para mí, aumentan el desprecio que siempre me inspirásteis.

JUL. Señora, mirad que la desesperación no reflexiona.

MA. Me amenazais ?

JUL. No veis que estoy á orillas de un abismo ?

MA. Muy mal me juzgásteis al creer que á semejante precio compraría yo mi honra

JUL. Advertid que nada os pido.

MA. Nada, y pretendeis que para librarme de un castigo injusto, me haga acreedora á otro infinitamente mayor?

JUL. Os engañais : yo guardaría en el fondo del alma esa esperanza y vos, entre tanto, obtendríais el respeto y estimación de los que os condenan.

MA. Pero yo me avergonzaría de mí misma.

JUL. [*Se acerca de nuevo*). No, no lo creais, vos seríais dichosa con la felicidad de vuestro esposo y de vuestros hijos.

MA. (*Aparte*). Mis hijos Ah pobres, inocentes criaturas

JUL. [*Con afecto*]. María, vamos, sed dócil, sed buena conmigo: permitid que vaya á borrar la mancha que ya os deshonra.

MA. [*Como hablando para sí*]. Si fuese posible, Dios mío! Si aun pudiera abrigar alguna esperanza!

JUL. [*Con pasión*]. María, mi adorada María. *(Pretende tomarle la mano, pero ella lo rechaza indignada, y como si se sorprendiese).*

MA. -*Con altivez y enojo*- Miserable! Cómo os atreveis á llegar hasta mí!... Haré que os castiguen cual mereceis -*alza la voz*- Venid! Venid pronto, á arrojar de aquí á ese hombre, venid!

JUL. -*Consternado*- Señora, mirad lo que haceis!

MA. Esperad, ya vienen, temblad!

ESCENA IX.

DICHOS Y ARMANDO que entra apresuradamente.

ARM. Qué sucede? Por qué llamais?

JUL. -*Aparte*- Qué calamidad!

MA. -*Con calma afectada*-. Tanto, señor, me ha hecho descender el infortunio, que ese hombre se ha creído autorizado para abusar de mi posición.

JUL. Señora, os equivocais.

ARM. -*Com frialdad*- Qué habeis hecho, Julio?

JUL. Olvidais que estoi encargado de arreglar vuestro divorcio?

ARM. Ah! ya entiendo, élla se rebela?

MA. Miente ese amigo traidor; pues lo que ha pretendido es abusar de mi infortunio: me ha faltado, me ha ultrajado cobardemente.

JUL. Observad, señora, que no es mía la culpa.

ARM. *-A Julio-* Silencio, Julio. *-A María-*. Si siempre hubiéseis sido tan delicada y severa, otra sería vuestra suerte.

MA. Dios santo ! Esto más ! ...

ARM. Supongo que habreis enterado á esa señora de todo. *-A Julio-*

JUL. Aun no.

ARM. Pues el tiempo urge : ya es casi media noche, y mañana debemos proceder.

ESCENA X

DICHOS y DOÑA CARMEN

MA. [*Se dirige á Armando á tiempo que entra Carmen*]. Acusada, ultrajada, condenada al envilecimiento, á la vergüenza y á ser víctima de todo género de humillaciones, yo aunque inocente acepté mi terrible destino, sin que mi corazón agonizante lanzase cargo alguno contra vos, Armando, porque las apariencias abonan vuestra conducta; mas, ahora, al permitir vos que un miserable, ultraje impunemente, á la madre de vuestros hijos, os lo aseguro, doy gracias al cielo de que pueda romperse el lazo de nuestra unión.

CA. [*Que no habrá sido advertida : aparte*]. Qué sucede ? Qué dice María ! *-avanza alto-*. Por qué circunstancia estais reunidos aquí á estas horas y qué significan las palabras que María acaba de pronunciar ?

MA. [*Aparte*]. Fatalidad !

ARM. *(á Carmem)*. Lo habeis oído : vamos á apelar al divorcio.

CA. Vosotros? Tú, hija mía? tú, Armando!

MA. Señora. *(conmovida)*.

JUL. Eso pretenden y....

CA. [*interrumpiéndole*]. Pero cuál es la causa de tan grave resolución, qué se alega para echar abajo un hogar? qué motivo justificaría la ruina y desolación de toda una familia? Decídmelo, hablad....

MA. [*avanza hacia Carmen*]. Por piedad, señora, no prolongueis, os lo imploro, esta, para mí, dolorosísima escena.... No olvideis que hoy pueden separarse los que no son felices en el matrimonio.... y.... ya lo veis, no lo somos y apelamos á un recurso legal.

CA. Pero por qué no me explicas lo que ha sucedido? Acaso no puedo yo saberlo? No merezco ya tu confianza, María, ni la tuya, Armando?

MA. Cómo nó, señora; pero venid, que yo os lo explicaré todo. [*aparte*]. Es preciso que no se entere de nada: es preciso engañarla á todo trance.

CA. Pero vos, Armando, no me decís nada?

MA. [*instándola*]. Venid, señora, venid!

ARM. Ella os explicará lo acontecido.

CA. Luego, así, por una nubecilla que el viento del día siguiente desvanecería, apelais á tales extremos?

ARM. Hoy ese recurso no es extremo.

MA. Vamos, señora.

JUL. (*aparte*). No me explico por qué no quiere que doña Carmen conozca lo sucedido.

CA. [*con amargura á Armando*]. Comprendo, podeis cambiar de esposa como de vestido: y la víctima hoy, lo mismo que antes y siempre, no hace ni hará sino obedecer á su señor, aun en esto

mismo. Esa es la obra de los defensores de la mujer.

MA. Mirad que esta escena destroza mi alma, señora ; vamos, yo os diré....

CA. No, no me separaré de aquí antes que Armando, me saque de la confusión en que me hallo.

ARM. Calmaos ; os daré cuantas explicaciones deseéis.

MA. Señora, por piedad !

CA. [*á Armando*]. Está resuelta esa ruptura, decís ?

ARM. Y sin que podamos retroceder.

CA. Luego, abandonais así á María ?

ARM. No, le devuelvo la libertad y recupero la mía, de común acuerdo.

CA. Pero no podría aplazarse tal escándalo ?

MA. Me torturais, señora. [*con ansiedad*].

ARM. No, doña Carmen.

CA. Pero reflexionad.

ARM. Ya lo hemos hecho maduramente.

CA. Luego, no hay medio posible ?

ARM. Para retroceder, ninguno.

CA. Y vuestros hijos ? decidme : qué hareis con esas criaturas ?

ARM. Se irán conmigo.

MA. (*al oir esto levanta la cabeza sorprendida y luégo con vehemencia*). Cómo ! qué dice ! (*á Armando*). Decís que mis hijos se irán con vos ? No, no lo repitais, por Dios !

CA. Cálmate, hija mía.

JUL. Infeliz, cuánto sufre ! [*aparte*].

ARM. (*á María*). Se irán conmigo, y vos misma lo solicitaréis así.

MA. (*se adelanta profundamente conmovida*). Yo ! qué locura ! Escuchad : soy una víctima pronta á todo género de suplicio : escoged el que os parezca

mejor; yo os obedeceré ciegamente. La ignominia no me aterra, acepto la humillación y la vergüenza: la miseria, la deshonra misma y la muerte, y todo lo arrostraré paciente; pero ah! no pretendais arrebatarme á mis hijos, porque eso me subleva, me hace rebelar; y siento en mí, fuerzas para cambiarme en leona herida...... Tomadlo todo; pero dejadme mis hijos!.... No, la sola idea me trastorna (*con creciente vehemencia*). Cómo! hay alguien que pretenda robarme á esos ángeles sin arrebatarme antes la vida! No veis que son mis hijos, no sabeis que soy su madre!

JUL. (*aparte*). Terrible espectáculo!

CA. María, vuelve en tí. Armando no insistirá seguramente.

ARM. (*con energía*). Es inútil el engaño, señora, los niños han de partir conmigo.

MA. Y lo repite! Y yo, decidme, cómo viviré lejos de mis ángeles? Habeis pensado en el infinito martirio que tal pretensión produce en mi alma? ¿No sabeis que soy inocente y que puedo probarlo?

ARM. Antes hubiérais debido reflexionar sobre esto: ahora es tarde. En cuanto á la inocencia, los hechos la niegan.

CA. Vuestra crueldad, Armando, me espanta. Además, ese punto lo decidirán los tribunales.

ARM. No, eso lo decidirá ahora mismo esa señora. (*indica á María*).

MA. Yo! luego creéis que consentiría?

ARM. Sin duda, á menos que prefiriérais que diga aquí ahora, y mañana en el tribunal, los moti-

vos que me obligan á no permitir que permanezcais al lado de mis hijos. Escoged !

MA. (*anonadada*). [*a*] Qué dice, Dios mío! Cómo no estalla mi corazón! Conque debo escoger entre esos dos extremos! [*alto*]. Pero no veis que es horrible lo que decís! sois acaso una fiera? Ah! no teneis corazón cuando así despedazais el de una madre infelíz [*a*] Ah! hijos de mi alma, veo un abismo sombrío á mis pies; y no puedo retroceder. [*llora*]. Hay quien me manda huir de vosotros.

CA. [*á Armando, con energía*]. Si no poneis término á esa agonía, no teneis corazón, Armando.

JUL. [*á Armando*]. Ciertamente, amigo mío, es preciso no apurar así las cosas.

MA. [*aparte*]. Y debo decidirme por lo que será mi desesperación, pues de otro modo ella sucumbiría.

ARM. Me retiro, pues, para no prolongar esta escena.

MA. (*con fuego*). No, decid antes que no exigireis eso.

ARM. En tal caso me decidiré por el otro extremo.

CA. Si, María, deja que hable.

JUL. (*a*) No adivino la causa del empeño en guardar el secreto.

MA. [*adelantándose y con voz desfallecida dice lentamente*]. No, deteneos; ya estoy resuelta á obedeceros en todo, aun en eso que pretendeis y que es muy superior á mis fuerzas. [*parte*]. Ay de mí! cómo podré vivir lejos de ellos? [*llora*]. No importa, cumpliré mi destino.

CA. Oidme una palabra, Armando.

MA. (*a*) Dadme valor, Dios mío!

ARM. Hablad, doña Carmen.

CA. Siempre me creí acreedora á vuestra consideración y amistad.

ARM. Lo sois también á mi afecto y gratitud, pues es mucho lo que os debo.

JUL. (*a*) En qué parará todo esto!

CA. No quereis que conozca los motivos que os inducen á dar ese paso, cuya escandalosa consecuencia me dañará más de lo que podeis suponer......

MA. [*a*] Ellos no saben que le arrebatan á su pobre madre.

JUL. [*a*] Yo si supongo cuánto debe ser su remordimiento.

ARM. No es mía la culpa, señora, [*á doña Cármen*].

CA. Sea cual fuere la falta que se atribuye á María, el corazón me dice que es inocente.

ARM. Luego, la calumnio yo, según eso?

MA. No me defendais, señora.

CA. Voy á concluir: no obstante eso, debo respetar razones ocultas que María misma no rechaza.

MA. Sí, sí.... [*con ansiedad*].

ARM. Haceis justicia á mi carácter.

CA. Pero se me ocurre un medio de atenuar esta calamidad.

ARM. Veamos, cuál.

CA. Sí, pues está resuelto que os lleveis á los niños....

MA. [*a*] [*con voz desfallecida*]. Qué dice!

CA. Confiadlos á mi cuidado: aquí podeis verlos cuantas veces gusteis: ésta ha sido y es vuestra casa.

MA. (*a*) Ah! qué feliz idea! [*con ansiedad ve á Carmen y Armando*].

ARM. [*después de pausa*]. Convengo en ello.

MA. [*conmovida se adelanta y con vehemencia*]. Sí, dádselos, dádselos, que ella será su mejor protectora: y nada temais de mí, pues yo no seré para ellos sino el aya, la nodriza, la criada siempre vigilante y cuidadosa.... Nunca les diré que soy su madre: nunca los llamaré hijos.... No es verdad, que eso os basta ?...... [*á Carmen*]. Ah! señora, este nuevo beneficio hace infinita mi gratitud; pero tratad de que nunca me separen de mis hijos.... no.... he dicho mal, de esos niños. [*á Armando*]. Ah! si sois en esto generoso, aun en la agonía bendeciré vuestro nombre [*á Carmen*]. Permitidme, que os dé las gracias de rodillas, -*se arrodilla y Carmen la levanta*- pues me devolveis la vida, al libertarme del mayor de los tormentos; porque arrebatar á una madre sus hijos, es arrancarle á pedazos el corazón -*cae desfallecida*-

TELA RÁPIDA.

ACTO II.

Sala con una ventana en el fondo y puertas á la derecha y á la izquierda.

ESCENA I.

Armando con traje de camino, y Julio. El primero estará sentado fumando, y el otro permanecerá en pie.

ARM. Por fin hemos llegado á puerto seguro, gracias al Cielo.

JUL. Ciertamente, pero sin poder ufanarnos, á la verdad, de haber arrostrado graves peligros, ni vencido grandes dificultades.

ARM. Tanto mejor, pues así se convencerán los tímidos, de que no es ardua la tarea de romper los eslabones de la cadena, que ata al poste del infortunio, á los cónyuges desafortunados, que ya no se aman ó no se estiman.

JUL. Yo mismo me he convencido de algo que no concebía antes.

ARM. De veras?

JUL. Sí: me he convencido de que, dada la superioridad del hombre y el ascendiente que sobre la mujer ejerce por razones fisiológicas, psicológicas y sociales, él puede, cualesquiera que sean las prescripciones de la ley, allanar facilmente cuantas dificultades se le opongan, para recuperar la libertad, desde el instante en que se ha abierto la puerta del divorcio.

ARM. Lo mismo puede hacer la mujer.

JUL. -*Sonriendo*- Lo mismo!

ARM. Pues está claro.

JUL. La mujer, que rara vez posee iniciativa, tiene que luchar con una multitud de inconvenientes, entre los cuales, nunca será el menor, el respeto que el esposo le inspira.

ARM. Ese temor pueril desaparecerá, no lo dudes.

JUL. Sí, cuando desaparezca la natural debilidad del bello sexo ..... Mas, aun suponiendo que eso fuese posible, yo creo que en rarísimas ocasiones, el interés de la mujer aconsejará el divorcio, pues debe tener la convicción de que, así como la planta trepadora necesita para no arrastrarse del brazo de los árboles, ella siempre descenderá al perder su natural y quizás único apoyo.

ARM. Debo confesar ingenuamente, que me tienen admirado esas tus argumentaciones, sobre todo en este momento.

JUL. Tienes razón; confieso que he sido indiscreto, pero........

ARM. *-Sonriendo-* No vayas á excusarte, no lo necesitas—Ahora, debo advertirte que, todas tus objeciones están contestadas victoriosamente.... Pero en último caso, qué podría importarme que esa libertad no fuese adorable para todos? Lo es para mí y eso me basta.

JUL. Bien, mas dime ingenuamente ¿ahora que está consumada tu separación, te encuentras feliz?

ARM. *-Se pone en pie-* Claro que sí, amigo mío: tan dichoso cuanto puede serlo un hombre á quien le quitan del cuello el dogal que le asfixia, tan feliz cuanto lo sería una persona que se ve libre del manto de plomo que le agobia, y que contempla los apartados horizontes de la vida independiente.

JUL. Pero los recuerdos del pasado, no te hacen pa-

decer? la dicha de ayer no te lastima?

ARM. No, amigo mío, porque las rientes promesas halagadoras de lo porvenir, borran los recuerdos de ese pasado.

JUL. Luego, eres dichoso?

ARM. Por qué lo dudas?

JUL. Porque yo siempre creí que toda despedida era dolorosa; y hoy dices adiós á una existencia en los umbrales de otra nueva, desconocida y tal vez llena de peligros.

ARM. -*Ve fijamente á Julio sonriendo*-. En verdad que son para mí inexplicables tus melancólicas observaciones; no te conozco—Cualquiera creería que pretendes mortificarme ó hacerme retroceder.

JUL. Dios me libre de pretender una, ni otra cosa.

ARM. Lo sé.

JUL. Perdona, pues, mis impertinencias.

ARM. Bah! hablemos sériamente.

JUL. Ya te oigo.

ARM. Te recomiendo á los niños; espero que velarás por ellos con solícito interés—Yo sé que les dejo en Doña Carmen una madre cariñosa, pero deseo no olvides que les dejo en tí un amigo leal.

JUL. La recomendación es inútil.

ARM. Lo sabía.... Voy á despedirme de ellos con un abrazo, pues dentro de breves instantes debo partir.

JUL. A qué país vas ahora?

ARM. A Italia, después te avisaré adonde dirija mis pasos, pues deseo que me escribas con frecuencia.

JUL. Seguramente.

ARM. -*Sé acerca á la ventana*-. Los niños están ya en el jardín: vamos allá.

JUL. Vamos -*vánse*-.

ESCENA II.

María desde la puerta y como si hablase con uno de los niños.

MA. Ve, hijo mío, corre, mi querido hijo, corre á abrazar á tu padre, que baja al jardín á buscarte -*avanza muy agitada*-. Sí, que no parta sin besar y bendecir á sus hijos: él debe amarlos...... Quién no ama á los ángeles! quién no adora á los hijos de su alma! Ah! con cuánto dolor se despedirá de ellos! con cuánta pena se privará de sus encantadoras sonrisas.... y yo, yo soy quien le condeno á sufrir ese tormento .... -*se acerca á la ventana y mira hacia el fondo*- Ya llega mi ángel adorado... Cómo corre! oye! espera! -*con angustia y extendiendo las manos hacia fuera*- Va á caer en el estanque: cuidado, cuidado! Ah! los ramos de los árboles azotan su rostro.. se ha lastimado quizá... -*Pausa*- Las hermanitas salen á su encuentro, y lo abrazan; el ríe; no se hizo mal.... -*Pausa*- Armando está conmovido .... Cómo no había de estarlo si va á dejar á sus hijos!.... Ahora los abraza con ternura. -*Con ansiedad*- Pero qué estará diciéndole á María? Le habla y ella baja la frente .... Ah! quizás le dice que debe olvidarme .... que huya de mí,.... que me desprecie .... que me odie ... Pero no, eso es imposible, él no será tan cruel con esa criatura infeliz. -*Pausa*- Ella lo besa riendo, y todos lo abrazan.... Qué grupo, Dios mío! Bien, hijos de mi alma, bien; abrazad á vuestro padre, amadle, amadle, y que él os bendiga. -*Abatida*- Entre tanto, yo devoraré mi terrible dolor y correrán mis lágrimas para que se cumpla el destino. -*se*

incorpora revelando profunda agitación y con vehemencia creciente.- Pero no; no puedo, yo no tengo fuerzas para tanto, y me rindo: mi dolor es superior á todo.... -*Con mayor vehemencia*- Se va.... se aleja, y con él mis esperanzas, pues ya no podré justificarme, y pierdo para siempre hasta el amor de mis hijos.... Dios mío; no puedo más.... -*Con desesperación.*- Armando! Armando! oidme, no os vayais sin oirme! quiero que sepais que soy inocente, aunque el cielo se desplome luégo sobre mí; quiero que le digais á esos ángeles que soy digna de ser llamada su madre: quiero decirte que aunque me odies y desprecies, te amo, te adoro..... Ah! se va, se va; dentro de pocos instantes habrá partido, y yo no poseeré ni siquiera vaga esperanza..... ¿ No hay, pues, quién tenga compasión de una madre infeliz? Ah! yo desfallezco *-cae en el sofá anonadada y llorando. Después de larga pausa se incorpora angustiada-.* Oigo pasos.... Qué he hecho en mi delirio?... Soy una insensata; soy una pobre loca; no, soy una madre desventurada.... Qué pretendía? Acaso, necia de mí, basta decir, soy inocente, cuando la evidencia me condena? Perdón, Dios de bondad, perdona este extravío de mi razón, que me hizo incurrir en el crimen de la negra ingratitud. Perdóname, Señor, tú que ves el abismo insondable de mis penas, y sabes que ellas son tan grandes como mi amor maternal.... perdóname!... No fuí yo, fué mi corazón enloquecido por el dolor, *-cae otra vez en el sofá-.* Ten piedad de mis hijos, ten piedad de su padre!

ESCENA III.

DICHA Y DOÑA CARMEN

Que entra y precipitadamente se dirige á donde está María.

CA. María! hija, María! qué tienes? (*la abraza y luégo le alza la cabeza con angustiosa solicitud.*) Vamos, habla; mira que me haces padecer con tu silencio...... Soy yo, María; no me conoces? no conoces mi voz?.......*Pausa-* Ah! ya vuelve, gracias, Dios mío!

MA. Ah! perdón señora, pero......

CA. Qué sientes?

MA. Ya no tengo nada: un desvanecimiento que pasó.

CA. Pero oí gritar: me pareció que llamabas..

MA. De veras?

CA. Sí, María; dime la causa.

MA. Es verdad que grité, creo haber llamado.... pero fué.... es decir; yo no sé.... no puedo explicar lo que me sucedió.

CA. Vamos, hija mía, no temas, confía á mi corazón tus penas..

MA. Qué quereis que os diga? *-abatida-*

CA. Quiero que me abras tu pecho: puedes ó mejor dicho, debes contar con que el mío será para tí fuente inagotable de tolerancia y de afectos.

MA. De tolerancia! os juro que hoy no la necesito. *-Con intención-.*

CA, Así lo he creído, y así quiero creerlo siempre, pero por lo mismo, debo extrañar que en tu terrible agonía rehuses los consuelos que estoy segura de poder brindarte.

MA. Así lo quiere el Cielo.

CA. Dí más bien que ya no me amas, que ya no merezco tu confianza.

MA. No digais eso, pues nadie os ha amado, nadie os amará jamás como yo os amo y venero, señora.

CA. Sin mutua confianza no hay afecto verdadero.

MA. Sólo Dios me inspira más confianza que vos, y sin embargo, no puedo, no debo, no quiero hablar.

CA. Bien, hija, no insisto, pero cálmate, tranquilízate.

MA. Gracias, señora, permitid que me retire por algunos instantes.

CA. Bien, María, haz lo que gustes [*vase María*].

ESCENA IV.

CARMEN.

Mujer incomprensible . . . . Ya se presenta á mis ojos como un ángel, ya me parece maestra en el arte del disimulo . . . . Pero no, el corazón no se engaña: veo en las miradas de esa niña luz de inocencia; creo adivinar en su frente auréola de virtud; y en sus misteriosas palabras, á las veces entreveo toda una historia de sublime abnegación, algo que revela generoso sacrificio . . . , Me pierdo en un tropel de ideas confusas . . . . Armando parece haber obrado en virtud de profundas convicciones y habla de hechos evidentes que, por otra parte, María no niega tampoco. Oh! Señor; tú que miras el fondo de mi alma; tú que conoces sus tormentos, tú, que recibes el tributo de mis lágrimas calladas, no me abandones en medio de este

mar de incertidumbre; mira que sólo de tí puede esperar alivio mi pobre corazón.

ESCENA V.

DICHA Y JULIO.

CA. *-Ve hacia la puerta-* Julio se acerca: veamos si él puede darme algunas explicaciones.

JUL. Señora, perdonad....

CA. Adelante, Julio, precisamente pensaba llamaros.

JUL. Pues entonces celebro la casualidad que me trajo á esta sala.

CA. Tomad asiento.

JUL. Gracias! *-se sientan-* Estoy á vuestra disposición.

CA. Sois el amigo íntimo de Armando.

JUL. *(a)* Mal principio [*alto*]. Por lo menos así me juzga él.

CA. Es casi imposible que entre dos amigos íntimos, no reine confianza absoluta.

JUL.. Así debiera ser [*a*]. Dónde irá aparar?

CA. Quizás vais á creerme indiscreta, pero podeis estar seguro de que no obedezco á un sentimiento bastardo, ni frívolo tampoco.

JUL. Indudablemente, señora.

CA. Pues bien; deseo saber cuál es la verdadera causa de la calamidad que hoy aflige á este hogar.

JUL. *(a)* Si no oculto la verdad pierdo mis ventajas, pues todo podría aclararse [*alto*]. Es posible que no deis crédito á lo que voy á decir; pero os aseguro que no obstante mis esfuerzos por descubrir lo que deseais saber, no he podido arrancar una sola palabra á los labios de

Armando, ni á los de María, en este asunto. Ambos han permanecido impenetrables.

CA. [*Después de pausa*]. Debo creeros, pues yo no merecía menos que vos esa prueba de confianza, que ellos me niegan.

JUL. Pero vos, señora, no sospechais, no teneis ningún dato.....

CA. [*Como distraida*]. Nada.

JUL. Yo suponía que vos pudiérais tener la clave de este misterio.

CA. No tengo ni aun sospechas. Hasta luégo [*vase*].

ESCENA VI.

JULIO.

(*Viendo alejarse á Carmen*). No te explicas lo que pasa ? . . . Sí ; deja que las dudas, los escrúpulos y los remordimientos con su terrible labor paguen las dulces satisfacciones que tan amenudo compras con tu aparente virtud, con tu insospechable santidad fingida. (*Pausa: hace que reflexiona*). Y sin embargo de todo, esa mujer me inspira invencible respeto : ante élla me siento pequeño, miserable . . . . Si yo no supiera..... si no hubiesen visto mis ojos . . . .

ESCENA VII.

DICHO Y MARÍA.

Que aparece con un cofre, y avanza sin reparar en Julio.

JUL. (*a*) Es María : cuánto sufre ! [*se dirige hacia élla*], (*alto*) : María !

MA. (*Sorprendida*). Qué! sois vos?

JUL. (*Con emoción*). Sí, soy yo, que os veo padecer y quiero.....

MA. (*Le interrumpe*). Y qué os importa?

JUL. Qué! tampoco puedo compadeceros?

MA. Si en verdad os inspirase compasión, no trataríais de aumentar con tanta frecuencia mis tormentos.

JUL. Dios sabe que daría la vida por aliviarlos siquiera.

MA. (*Con marcada serenidad, pero sin aspereza*). Hacedme el favor de llamar á doña Carmen (*Julio vacila*).

MA. Id, que os lo agradeceré [*con energía*].

JUL. [*Después de titubear*]. Bien, os obedezco. (*Vase*).

ESCENA VIII.

MARIA.

Se acerca á una mesa, y coloca el cofre en ella.

(*Con desaliento*). Gracias al cielo que me veo libre de ese hombre, el cual parece colocado en el camino de mi vida, ó mejor dicho en mi vía dolorosa, como el terrible sarcasmo del destino para ultrajar mi dolor. [*Pausa. Entreabre el cofre*]. Joyas, ricas joyas, objetos un día de placer y de orgullo, pruebas de afectos; pero ah! que hoy sólo serían para el alma dolorida tristísimos recuerdos de un tiempo que pasó para siempre. [*Pausa*]. Su valor constituye un pequeño caudal, y él será mí último presente á los adorados hijos míos, hecho hoy

que es mi último día de madre. Ah! qué bueno sois, Dios mío! pues aun permites que saborée este triste placer......

ESCENA IX.

DICHA Y CARMEN.

CA. Me llamas, María?

MA. [*Sale á su encuentro*]. Sí, señora; perdonad que me haya atrevido á molestaros.

CA. Qué dices, hija? (*Interrumpiéndola*).

MA. Pero el dolor es muy egoísta y....

CA. Continúan las excusas?

MA. Pues bien, quiero pediros un nuevo favor.

CA. Tu sabes que nada puedo, ni quiero negarte: habla.

MA. Ah! señora! gracias.

CA. Te escucho.

MA. Como ha de comenzar hoy para mí una nueva existencia, quiero cumplir mi último deber.

CA. Continúa, pero tranquilízate antes, mira que estás muy conmovida.

MA. (*Toma el cofre*). En este cofre se encierra cuanto poseo; joyas, mis joyas, que yo os suplico guardeis para entregarlas cuando sea tiempo, á esos niños como el último presente de su pobre madre. [*Solloza*].

CA. Pero á qué esa precipitación?

MA. *Presenta el cofre* Tomad, tomad, señora, pues esas joyas, de hoy más no pueden estar en mi poder.

CA. ¿Y eso por qué?

MA. Para mis hijos he de ser una extraña: hoy es mi último día de madre, y eso les pertenece á ellos.

CA. *-Con afecto-* Exageras, María, y todo extremo es vicioso.

MA. Entonces, habéis olvidado ?......

CA. Nada olvido; pero tú en mi casa siempre serás lo que fuiste.

MA. Eso es imposible.

CA. Por qué? Además, Armando partirá hoy.

MA. *-Con firmeza-* Sí, partirá, pero partirá confiado en que cumpliré lo prometido; y yo que lo conozco sé, señora, que jamás perdonaría la más leve falta á ese compromiso.

CA. Y qué pretendes ?

MA. Dejar estas habitaciones: tomar las más retiradas de la casa, ser para los niños lo que he ofrecido, y hacer todo cuanto sea necesario, con el fin de no dar el más insignificante motivo, ni el menor pretexto, para que él me separe de mis hijos, pues eso, señora, os lo juro, sería un golpe que no podría resistir mi corazón.

CA. Bien hija, bien. *-La abraza-*

MA. Mientras me sea permitido respirar el aire que ellos respiran, oir su voz y velar su sueño, no me faltarán el valor y las fuerzas.

CA. *-Como que oye-* Esos pasos que se oyen deben de ser los de Armando que viene á decir adiós.

MA. Entonces me retiro.

CA. Entra á ese cuarto. *-Lo hace-*

ESCENA IX

CARMEN Y ARMANDO.

ARM. Ya he abrazado á los niños y vengo á despedirme de vos. *-Pausa-*

CA. Comprendo que esta separación debe ser para vos muy dolorosa.

ARM. Por fortuna no será larga; y como dejo á los niños una madre excelente, á quien no es necesario ni discreto recomendarlos, os aseguro que parto tranquilo.

CA. *-Con sequedad-* Os equivocais; no hay más que una madre, y á élla nadie puede reemplazarla en la vida.—Vuestros hijos quedan sin madre, Armando.

ARM. Pero quedan con vos, señora. [*Repara el cofre*]. Yo creo conocer ese cofre.... [*Se acerca á la mesa*].

CA. Son las joyas de María: élla quiere que yo se las guarde á los niños.

ARM. Ah! [*Pausa*]. Adiós, señora.

CA. Que el cielo os conceda viaje feliz.

ARM. Adiós. [*vase*].

ESCENA X.

CARMEN Y MARÍA

María aparece profundamente conmovida cuando Armando deja el salón, y después de un instante en que las dos mujeres se miran en silencio, una corre á echarse en brazos de la otra.

MA. Partió! partió?

CA. Pobre María!

MA. Se fué! Ah! Dios mío!

TELA RAPIDÍSIMA.

ACTO III.

Dormitorio en el cual habrá una cuna y dos camitas colocadas de modo que descorrida parte de las cortinas, el público no pueda ver el interior de ellas.—Puertas á la derecha y á la izquierda.—Es de noche.

ESCENA I.

MARIA.

Ve á todoslados con timidez y luégo avanza.

He aquí mi universo; he aquí há mucho tiempo el único sitio en que mi corazón siente algún alivio. . . . Y sin embargo, cuando recuerdo que penetro en este dormitorio casi furtivamente, como si viniese á cometer un crimen, á robar un tesoro, el alma se estremece angustiada, y temo que me falten las fuerzas.... Sí; vengo á hurtar un tesoro de infinito valor [*se acerca sin hacer ruido á la cuna, cuya cortina entreabre, y luégo se arrodilla*], vengo á confortar mi pobre espíritu, tan profundamente abatido, con una de tus dulcísimas sonrisas, adorado ángel mío...... Qué bello estás! Cómo mis ojos aun en la agonía en que vivo, se deleitan al contemplar esos labios que parecen pequeños pétalos de rosa, en las nieves de tus lindas mejillas [*se incorpora*]. Infinita es tu misericordia, Dios grande, cuando permites que mi corazón robe al cielo éstas consolaciones: bendito seas! [*se inclina de nuevo*]. Qué bello eres ángel de mi alma, y qué dulzuras tan inefables aspiro en el aroma de tu aliento.... Duerme,

duerme el sueño de la santa inocencia [*cierra las cortinas, para dirigirse á una de las camitas : entreabre el mosquitero y se inclina un tanto*]. Y tú, mi linda, mi pobre María, no pudiste hoy esperarme despierta ? Te rindió él sueño, querido ángel mío ? [*Pausa*]. Déjame separar los cabellos de oro que me ocultan ese rostro adorado. Ah! tu dulce sueño no me permite contemplar esos ojos azules en que se refleja la bondad de Dios (*Hace como que oye*). Me pareció oír pasos ! (*Después de un instante de ansiedad vuelve á descorrer la cortina*). Me engañaba. (*pausa*). Déjame, déjame, hija mía, posar mis labios sedientos de tus besos, en esa frente pura, para aspirar en ella algo que calme mis tormentos. [*Corre las cortinas y luégo andando en puntillas, se dirige á la otra camita, y después de inclinarse como si fuese á besar el niño, se incorpora revelando angustia y sorpresa*]. Qué es esto, Dios mío ! Su frente ha quemado mis labios ¿ estará malo mi pobre Carlitos ! . . . . No, señor, no . . . Tiemblo á la idea de que se enferme uno de ellos . . . No había pensado en esto (*se arrodilla*). Ten piedad de mí, Señor !.... Temo convencerme (*vuelve á inclinarse sobre la cama*). Creo que me engañaba : sí, gracias, Cielos ! tu oíste mi súplica, Dios santo, gracias.... Sí, su rostro está fresco y la respiración es tranquila. Gracias otra vez, Dios de bondad !.... (*Permanece otra vez como si contemplase el niño*). Mi adorado encanto, te sonríes dormido... ! Será que quieres consolarme ó que sueñas con los ángeles ? [*pausa*]. Ah! [*avanza*] si supiérais que á vuestra madre idólatra, á penas si se le permite venir á veros casi furtivamente, si

supiérais que eso mismo es para ella su único alivio y todo el encanto de la vida; si supiérais, en fin, que se os separa de vuestra madre, como de algo que mancha, se cambiarían en llanto vuestras sonrisas infantiles... Y luégo, si os convenciérais de que esa infeliz víctima, es tan pura como vosotros mismos, ah! no obstante vuestro candor os desesperaríais.... Pero es necesario que lo ignoreis ahora: Dios ha de permitir que un día conozcais la verdad... Entre tanto, dadme, cielos, valor, pues cuando pienso en mis hijos, me siento desfallecer. Cuántas veces al oír la voz ó el llanto de uno de ellos, me he visto tentada á descubrir el terrible secreto de mi infortunio! cuántas veces he estado á punto de echar por tierra el edificio que he levantado con pedazos del corazón amasados con lágrimas! Pero tú, Dios mío, no me has dejado flaquear; tú me diste fuerzas para detener mis pasos al borde del abismo de la ingratitud, y por eso no incurrí en un crimen quizás infructuoso, pues, cómo daría yo las pruebas necesarias para no aparecer como vil calumniadora! (*Hace como que oye*). Alguien viene por ese lado, me escaparé por ahí. (*Echa una mirada á los niños y desaparece por la derecha*).

ESCENA II.

DOÑA CARMEN Y ARMANDO,

Que entran por la izquierda.

CA. Adelante, Armando; ved, los niños duermen [*Abre la cortina de una de las camas*], pero en el semblante se revela cuán perfecta es su salud.

ARM. Ciertamente [*se acerca á los lechos*] están bellos y vigorosos cuál nunca los ví antes.

CA. Eso os prueba que se les atiende con amorosa eficacia.

ARM. Bien veo que ellos han hallado en vos una madre de que la suerte les privó.

CA. Pobre María, ella....

ARM. [*Con frialdad interrumpe á Carmen*]. Anoche regresé, pero hasta ahora no he podido libertarme de las ocupaciones que me agobian. Es bien enojosa esta vida. [*Toman asiento*].

CA. Comprendo muy bien que, no obstante vuestra alta posición y cuantiosos bienes de fortuna, estais lejos de ser feliz.

ARM. [*Con indiferencia*]. Y eso por qué lo decís?

CA. Porque después del triste acontecimiento que á manera de terremoto, echó por tierra vuestro hogar, es casi imposible que recupereis la perdida calma, sin la cual jamás hay dicha.

ARM. [*Distraído*]. Os referís al divorcio?

CA. Sin duda, me refiero á ese cataclismo que ha disuelto vuestra familia, y convertido en cadenas que se arrastran penosamente, los que fueron dulces lazos.

ARM. Llamais cadenas á la libertad?

CA. Lo que ata al infortunio, lo que aleja de la dicha, lo que destruye hogares, lo que sólo brinda orfandad á seres inocentes, ignominia eterna al culpable, ó al desgraciado, si solamente es en apariencia culpable; y lo que sume en el vacío al corazón, si puede llamarse libertad, no por eso dejará de ser considerado por mí como terrible opresión.

ARM. ¿ Aun insistís, señora, en vuestras viejas ideas, no obstante haber visto cuántas calamidades ha evitado aquí mismo ese divorcio que pretendeis condenar ? Sin él no había para mí sino dos caminos : ó la ignominia tolerando, ó el crimen al castigar á los culpables.

CA. Soy demasiado débil para luchar con vuestras argumentaciones, pero llamaré en mi auxilio los hechos, y han de bastar para defenderme lujosamente. Si hubiérais perdonado, después de probar que no érais cómplice en la falta, la ignominia habría sido sólo del culpable, y con ese perdón habríais conquistado el aprecio y aplauso de la sociedad sensata, sin disolver vuestra familia. Habríais castigado el crimen sin castigar inocentes.

ARM. Para la culpable el resultado sería el mismo.

CA. No, porque así tendría abierto el camino del arrepentimiento ó el de la rehabilitación...... Ahora, en cuanto al castigo, ¿ creeis que es más generoso, que es menos cruel, repudiar á una esposa, hundir en la ignominia á una madre, que arrebatarle la vida ? Responded.

ARM. Claro que sí : ¿ acaso no puede élla hacer lo que el hombre, amar á otro y casarse otra vez ?

CA. No, no me argumenteis como apasionado sectario : hablais con una amiga.—Decidme ingenuamente ¿ si las mujeres, aun las bellas y ricas, no siempre hallan esposo digno cuando con la mano ofrecen los encantos inapreciables de la virgínea juventud, las gracias de los primeros años, que sólo una vez se poseen en la vida, y sobre todo, el prestigioso mérito de no haber amado á otro, cuántas veces más difícil no lo será cuando todo eso ó casi todo,

ha desaparecido, reemplazándolo las desmejoras físicas que imponen los años, y la maternidad, las prosaicas enseñanzas de la experiencia, y luégo, como corona ignominiosa, las sombras depresivas que sobre la mujer proyectará siempre el divorcio?

ARM. Cuando la sociedad se acostumbre desaparecerán esas preocupaciones.

CA. La sociedad!.... Pero, decidme, tomaríais por esposa á una mujer que se hallase en el caso de María?

ARM. Eso es distinto; el crimen siempre envilecerá al culpable.

CA. Bien, pero seguramente que vos no ireis á escoger nueva esposa entre las mujeres repudiadas ó divorciadas, sea cual fuese la causa.

ARM. En vano pretendeis condenar la primera de las conquistas hechas por la civilización.

CA. La primera....? para los libertinos, lo creo muy bien, pues el divorcio les proporciona medios de cambiar de mujer, como se cambian los muebles; y ellos dicen que la mejor es siempre la última esposa.

ARM. Gracias, señora, no creí que me juzgárais así.

CA. Perdonad: no lo digo por vos, y para probarlo me bastará decir que leo en vuestro semblante que no sois feliz, ni mucho menos.—Vuestra amada teoría al realizarse se ha cambiado para vos en martirio.

ARM. Sois mala observadora, y para que os convenzais de mi presente dicha, os anuncio que dentro de poco me casaré con una mujer joven, linda y rica.

CA. De veras?

ARM. Os lo aseguro.

CA. *-Después de pausa-* Pues bien, sin embargo de eso, no creo en vuestra felicidad; me parece observar en vuestras miradas y aun en vuestras palabras algo que denuncia pena oculta.

ARM. Si os empeñais en eso......

CA. Es posible que me equivoque.

ARM. Hablemos de otra cosa *-se pone en pie-* Permitireis que os nombre tutora de los niños ?

CA. Y si no fuérais rico, y si yo no existiera, qué suerte tocaría á esos niños ?

ARM. Pero no respondeis á mi pregunta.

CA. Sí, Armando, seré la tutora de vuestros hijos *-se pone en pie-* Pasemos al salón, si gustais. *-Vanse-*

ESCENA III.

Aparece María, quien después de permanecer un instante como si viese alejarse á Carmen y Armando, avanza.

Ya partieron; aun puedo, oh! hijos míos, saborear el deleite de velar vuestro sueño; aun puedo ser vuestra madre á escondidas, por algunos instantes más. Ah! cuán felices son las mujeres á quienes les es dado no separarse de sus hijos, velar su sueño la noche entera. [*Arregla las cortinas de la cama, coloca la luz donde no ofenda á los niños y toma alguna precaución que denote solícito interés*].

ESCENA IV.

DICHA Y CARMEN.

CA. Y bien, mi querida María, aun no cesan de correr tus lágrimas ?

MA. No, señora, no; aquí no lloran mis ojos nunca; aquí soy dichosa, muy dichosa; aquí se alivian todas mis penas; los dolores huyen ante las sonrisas de mis ángeles .... No me veis?.. Estas lágrimas son de felicidad. Creedme, soy feliz. ¿Cómo no serlo al lado de ellos? ¿Hay madre infeliz junto á su hijo?

CA. [*Conmovida*] [*a*] Pobre criatura; quién al verla no juraría que es inocente? [*alto*] Por última vez, hija mía, vengo á suplicarte me reveles el secreto motivo de esta calamidad. No es como curiosa que te interrogo, sino como madre amante á quien impulsan motivos graves.

MA. [*Después de pausa*]. No como á la más cariñosa y santa de las madres, os amo y os venero, señora, pues si os debiera el sér, quizá pensara que la naturaleza me ayudaría á pagar vuestra ternura é innumerables beneficios; no, sino como al augusto ministro de la bondad de Dios, como al ángel custodio de mi existencia, como á la fuente inagotable de generosidad, donde he encontrado todo bien....

CA. Exageras, hija.

MA. No exagero, os equivocais; creo, al contrario, que no expreso mi pensamiento.... Pues bien, si me pedís el mayor sacrificio, la vida misma, no titubearía: orgullosa os la ofrecería pero no me exijais, por Dios, que os diga, lo que aun impuesto por la voluntad, no podrían expresar mis labios nunca.

CA. -*Conmovida*- Luego, es tan grave así? [*a*] Me engañaría el corazón!

MA. Ah! mucho, señora, mucho.

CA. Nunca te creí culpable, y con mi alma habría garantizado tu inocencia.

MA. Y no os habría pesado, señora.
CA. Cómo, luego no sois culpable? No me explico este enigma.
MA. Ni es necesario; dejadme cumplir mi destino.
CA. Pero si sois inocente, defendeos.
MA. No puedo hacerlo.
CA. Lo haré yo entonces, dadme los medios.
MA. Nada alcanzaríais..
CA. Luego, no cedeis?
MA. Jamás!....
CA. -*Con despecho*- Al fin debo convencerme de que me engañó el afecto. Vuestra extraña conducta, María, os arrebatará la última amiga.
MA. Ese será mi mayor infortunio.
CA. Que sin embargo aceptais.
MA. Que no puedo evitar.
CA. -*Impaciente*- Basta; quedad con Dios. [*vase*].

ESCENA V.

MARÍA.

Esto más, Dios de los buenos! ¿Conque á mis innumerables tormentos, aun me estaba reservado agregar el de las dudas y reproches de mi generosa y santa protectora? Ella también me condena.—Por ventura no he de encontrar un semblante, cuya mirada no se cambie en severa al fijarse en mí.... Si ella supiera, si ella pudiese sospechar lo que ha hecho, y concebir cuán cruelmente me han herido sus palabras, se desesperaría de seguro.... [*pausa*] Qué mucho que ella me crea culpable, cuando hay momentos en que yo misma me condeno como criminal!.... Adónde, adónde me llevarán estas amarguras que,

como las olas de la mar, se suceden en mi espíritu con tan firme constancia?.... A la desesperación tal vez..... No, madre mía, pues en la corriente impetuosa de mis dolores, la idea de la abnegación no sólo me conforta, sino que compensa en parte mis penas.

ESCENA VI.

DICHA Y JULIO.

Que avanza sin hacer ruido hasta llegar junto de María, quien se vuelve sobresaltada al advertirlo.

MA. Ah! Cómo os atreveis á llegar hasta aquí?

JUL. Vos lo sabeis. (*Con aparente calma*).

MA. Yo? (*Sorprendida*).

JUL. Vos, vos misma.

MA. Qué os autoriza para hacerme este nuevo ultraje?

JUL. Para llegar hasta vos, en este instante, me autorizan vuestro infortunio y mi amor. (*María permanece viendo á Julio en silencio un momento y con ademán severo*).

MA. (*Con altivez*). Sois un insensato; y si no os retirais inmediatamente de aquí, como en la vez pasada, llamaré para que os arrojen fuera.

JUL. (*Con ironía*). Recordad, María, que ya no teneis aquí á quien llamar; no olvideis que ya no sois la señora de esta casa.

MA. (*a*) Ah! tiene razón (*alto*). Es verdad, pero eso no obstante, no faltará quien me dé auxilio.

JUL. La primera vez que lo pedísteis os pesó. Yo os

protestaba amor, adorándoos, y vuestro esposo os abrumó con el peso de su terrible desdén.

MA. Y aquel fué vuestro más glorioso triunfo. Pues bien, os dejaré solo [*pretende retirarse y Julio se opone*].

JUL. No os iréis antes de oirme; no os iréis.

MA. Os atreveríais á impedirme el paso?

JUL. He jurado hacerme oir, y lo cumpliré. Escuchadme dos minutos nada más.

MA. (*Con despecho*). Hablad, pues.

JUL. En vano os he adorado toda la vida; en vano llamé una y otra vez á la cerrada puerta de vuestio pecho; en vano he apelado á los medios que sugiere una pasión violenta y arrastradora.

ESCENA VII.

DICHOS Y CARMEN.

Que al entrar oye la última parte del diálogo anterior.

CA. (*a*) Qué oigo? Julio, mi mayordomo, era el amante: lo sospechaba. Ya que la casualidad ha querido descubrirme parte del secreto, trataré de saberlo todo: quizá me baste ocultarme ahí. Las circunstancias justifican esta indiscreción [*se coloca tras de la puerta como para oir, sin dejarse ver*].

MA. Recordad que sólo me exigísteis dos minutos; y ya mi paciencia se agota.

JUL. Si hubiérais sido un poco tolerante, os habría salvado de la deshonra, pues en mis manos tenía los medios de hacerlo.

MA. [*Con amargura*]. Pero como no cedí á vuestras criminales instancias, dejásteis condenar á un inocente. Oh! bien haceis el panegírico de vuestra hidalga generosidad!

JUL. Ciertamente fuí cruel, pero acaso ignorais hasta dónde arrastra una pasión volcánica! Además, quería veros libre.

MA. Os comprendo; como contábais que fuese débil en el infortunio, os adelantásteis á esperarme en el cieno. Sois siempre el mismo.

CA. [*Desde la puerta*]. Pues no comprendo....

JUL. Juzgadme como se os antoje, pero os juro que obré de ese modo tiranizado por mi amor.

MA. En eso os calumniais, pues nunca poseísteis los medios de que habeis hablado.

JUL. Tampoco creeis en mis palabras?

MA. Por otra parte, jamás he deseado deberos ése, ni ningún otro favor.

JUL. Voy á probar que sí podía salvaros y con cuánta facilidad lo hubiera hecho, si no hubiéseis sido inexorable conmigo.

MA. Os repito que lo dudo.

JUL. Oid, pues: el hombre que se introdujo en vuestras habitaciones varias veces y de un modo misterioso, no fué á ellas por vos.

CA. [*a*] Ah! Qué dice ese hombre! Sería posible, Dios grande! [*Revela agitación*].

MA. [*Con ademán severo*]. Callad! no prosigais.

JUL. Fuísteis víctima de una equivocación de vuestro esposo; error muy natural, por otra parte, pues, ¿quién había de sospechar, quién se habría atrevido á concebir, que la severa, la santa, el dechado de virtudes......

Ma. (*Interrumpe con enérgico ademán*). Silencio, desgraciado, silencio, no continueis!

Jul. ¿Quién hubiera osado aceptar la posibilidad sola, de que incurriese en semejante flaqueza, una mujer, cuyas virtudes austeras todos admiran, cuya santidad todos veneran?

Ca. (*a*) Infeliz, desgraciada criatura!

Ma. Pero por qué continuais? [*Con energía*].

Jul. Conozco la persona que entró en vuestras habitaciones y conozco también el cómplice de su delito.

Ma. [*Con solemnidad*]. Cuidado con lo que vais á decir: recordad, no olvideis que hay personas á quienes vuestra gratitud debe hacer sagradas. Recordad de quién es el pan que comeis.

Ca. -*a*- Luego, ella también lo sabía?

Jul. Eso me prueba que habeis adivinado.

Ma. Nada he adivinado, nada sé, ni debo, ni quiero saber, lo entendeis!

Ca. [*a*], Pobre María de mi alma! cuánta fué tú abnegación.... Yo debo imitar tu generosidad....Llamaré á Armando; por fortuna aun está en el salón. [*Vase*].

ESCENA VIII.

Julio y Maria.

Jul. [*Despues de pausa*]. Con que nada ignorábais y sin embargo aceptais como propio el crimen ajeno! Conducta tan noble, me inspira profundo respeto; ella me impulsa á adoraros de rodillas...... María, vuestra abnegación es incomparable.

MA. Estais equivocado; pero, por favor, retiraos, ó dejadme retirar, pues ya os he oído más tiempo del que pedísteis, y....

JUL. Luego, nada puede enternecer vuestro corazón, tan generoso para otros, para mí tan duro?

MA. Aun insistís!

JUL. Acaso os halaga la idea de que probada vuestra inocencia, volvereis á los brazos de Armando? Pues bien, desengañaos, eso es imposible.

MA. Sois un insensato....

JUL. Pues el insensato os anuncia que Armando pronto se unirá á otra mujer joven, hermosa y rica con quien está comprometido ya.

MA. ¿ Creéis anonadarme con esa noticia? pues bien, nada nuevo me decís: lo sabía desde hace algunos momentos.

JUL. Os lo había dicho?

MA. Lo oí de sus labios, aquí mismo.

ESCENA IX.

DICHOS Y CARMEN.

MA. [*Como si oyera*]. Retiraos, por Dios, alguien viene.

JUL. No hay tiempo: mirad. [*Indica á Carmen*].

CA. (*Muy conmovida se adelanta en silencio hacia María, á quien besa y abraza. Después de prolongada pausa*). De ahí lo he oído todo.

MA. (*A Julio*). Ved, desgraciado, vuestra obra.

JUL. (*a*) Estoy perdido.

CA. No lo culpeis, pues cualquiera que haya sido el

móvil de su conducta, como nos ha salvado á todos, debemos perdonarle.

JUL. [*a*] Qué dice! (*sorprendido*).

MA. Cómo! [*sorprendida*].

ESCENA X.

DICHOS Y ARMANDO.

CA. (*Al aparecer Armando*). Entrad, amigo mío, es preciso que os entereis de lo que voy á decir, y cuando me hallais oído, os convencereis de que en la tierra hay ángeles tan puros como en el cielo.

ARM. (*Con sequedad*). Qué deseais que escuche!

MA. [*a*] Qué irá á decir?

JUL. [*a*] Grande es su conflicto.

CA. Hasta este momento en que una casualidad, ó mejor dicho, en que la mano de Dios me condujo aquí, no sólo ignoraba, sino que ni aun tenía la menor sospecha de cuál fuese la causa de vuestro rompimiento.

ARM. [*Con frialdad*]. No os ocupeis más en eso, por Dios.

CA. Al contrario, si no poseyese sino algunos momentos de existencia, debería emplearlos en decir lo que vais á oírme.

ARM. Hablad, pues.

CA. [*Después de larga pausa*]. Joven, muy joven, aun casi niña, se hizo dueño de mi corazón un hombre que reunía en sí, todos los atractivos físicos y morales necesarios para subyugar mi espíritu..... Delirante, loca, me dejé dominar por

la pasión......y una debilidad culpable, fué á poco el triste resultado de aquel vértigo que me arrastraba al abismo, sin darme cuenta de éllo. (*Solloza, pausa*).

MA. Por qué os atormentais así, señora?

CA. Oídme todos hasta el fin, por favor, aun cuando os fatigue mi cansada narración.

JUL.. [*a*] Cuánto sufre!

ARM. Continuad, os escuchamos.

CA. Pocos días después mi padre voló al Cielo sin conocer su infortunio ni mi vergüenza; y como mucho tiempo antes había muerto mi madre, me hallé sola en el mundo con mis remordimientos y mis lágrimas.

ARM. Sola! luego....

CA. [*Interrumpiéndole*]. Don Carlos, mi amante, por causas políticas muy graves, tuvo que huir á un país extranjero....Nó lo culpeis, nada tengo que enrostrarle, pues siempre fué hidalgo su proceder.

MA. (*a*) Ella perdona siempre.

CA. (*Conmovida*). Llegado el momento fatal, nació una criatura, que me fué arrebatada y que juzgué muerta durante mucho tiempo.

JUL. [*a*] Interesante es la historia: me parece ir comprendiendo.

MA. Señora, después continuaréis esa relación que tanto os hace padecer. [*Con ansiedad*].

CA. Cuando supe por don Carlos donde estaba mi hijo, corrí en solicitud de él; y desde ese día le dediqué todos mis desvelos, todo mi amor. (*solloza*). En aquella criatura hallé el alivio de mis penas, dicha y alegría también. (*pausa*). En

cambio, creo haberla rodeado de cuanto es capaz el afecto de una madre idolatrada. [*abre los brazos en los que María se echará*]. ¿No es verdad, mi adorada María, no es cierto, hija de mi alma?

MA. Dios mío! me lo decía el corazón. [*Se abrazan*].

ARM. [*a*] Debí suponerlo.

JUL. [*a*] Lo sospechaba.

CA. [*Después de pausa*]. Algunos años después, cuando nos fué dado vencer los inconvenientes que se oponían, fuí al país donde don Carlos estaba, y nos casamos en secreto.

MA. Dios grande! [*Todos se sorprenden*].

CA. Embargados los bienes de fortuna de mi esposo, él decidió que nuestro enlace permaneciese oculto, entre tanto pudiéramos establecernos cual cumplía á nuestra posición social.

ARM. Y don Carlos aun está ausente?

CA. Todavía subsisten los motivos que le obligaron á partir.

JUL. Pero María estaba enterada....

CA. No, ella no conocía sino mi amor, pues jamás hallé fuerzas para confesar ante la hija, que siempre me juzgó una santa, la debilidad que ha convertido mi vida en suplicio. Además, esperaba para revelárselo, hacer público mi matrimonio.

ARM. Y entre tanto, don Carlos no ha vuelto á veros?

CA. Cuantas veces las circunstancias lo han permitido, él ha venido á visitarme, pero en secreto, disfrazado y tomando las precauciones del caso.

MA. [*a*] Cielos, qué idea!

ARM. Pero qué os obliga á hacer esa penosa revelación ?

CA. La necesidad de reivindicar la admiración debida á las virtudes de un ángel; la necesidad de haceros saber que el hombre que vísteis en las habitaciones de María, que también son las mías, es su padre, es mi esposo.

ARM. Cómo! sería posible! [*sorprendido*].

MA. Madre de mi alma, me dais mil veces la vida!

ARM. Pero cómo explicar.........

CA. Lo probaré con el testimonio de don Carlos, y con hacer público mi secreto enlace.

JUL. Y con mi testimonio también, pues yo sabía que las visitas eran para vos.

ARM. Lo sabíais y sin embargo callábais.

CA. Ese hombre ama á tu mujer.

ARM. [*Con energía*]. Miserable!

JUL. [*Con ironía*]. Recordad que os espera vuestra nueva desposada.

CA. Ese secreto guardado hasta hoy en el fondo de mi alma, ahora quiero que no lo sea para nadie; pues nada importa que se conozca la debilidad de una madre, que tiene por hija á la más santa de las mujeres. La virtud de un ángel todo lo redime y purifica.

MA. Por Dios, madre mía. [*la vuelve á abrazar*).

ARM. Ahora es á mí á quien toca pedir perdón.

CA. Y tú, hija adorada, debes concederlo orgullosa.

MA. [*Con firmeza*]. Si él consiste en olvidar ofensas y desechar rencores, ya está concedido.

CA. Nada más!

ARM. Nada más?

MA. [*Con firmeza*] Nada más!.... Entre don Armando y yo, se interpone insalvable el abismo ignominioso del divorcio.

ARM. Eso puede desaparecer. [*Con ansiedad*].

CA. Sin duda: no es la primera vez.

MA. No añadais una palabra más sobre esto, madre mía, os lo ruego (*á Armando*). Recordad los nuevos lazos contraídos, y aprended á respetarlos alguna vez. [*Con firmeza*].

JUL. [*a*] Es justo.

ARM. [*a*] Tiene razón. [*Baja la frente*].

CA. Pero á tí, mi querida hija, qué te queda en la vida?

MA. El apoyo de Dios, vuestro amor, madre mía; la adoración por mis hijos, y la paz de la conciencia, que después de la noche de tan dolorosas pruebas, es luz de aurora, fuente de dulcísimos consuelos.

CA. [*á Armando que permanece turbado*]. Contemplad los amargos frutos de vuestras teorías: una familia disuelta, condenada á la orfandad: un hogar sin apoyo y el hondo vacío en dos corazones destinados á ser dichosos.

Ah! por qué rompéis lazos que deben ser eternos! Por qué separais lo que Dios unió?

CAE EL TELÓN CON RAPIDEZ.

FIN.